

Que Octaviana se llamaba...
 Para ver quien Paz quería,
 Para consuelo de su alma!
 La gente de honor, si mira
 Tras de su cuna una mancha,
 Con santa virtud la borra,
 Y con virtudes la lava...
 Pone su conducta pura
 Sobre la triste desgracia,
 Y respetuosa la historia
 Tal vez enmudece y pasa...
 Pero tú dijiste: «guindas
 Echemos á la tarasca,
 Y, sus... á la mar pelillos
 Que soy del Imperio criada»;
 Y pepenaste de Juárez
 Llena de furia la estampa,
 La misma con que tu padre
 Liberal se acreditaba,
 Para no entregar los bonos
 Cuando redimió tu casa...
 «Al hereje monarquista
 Háganle trizas, muchachas.»
 Y al muñeco enfurecido
 Contunden y descalabran;
 Y una pincha sus narices,
 Otra rompe sus quijadas,
 Como *al hígado* gritando
 De chicos una parvada,
 Papelote derrotado
 Destroza con algazara ..
 Así en las misiones antes
 Un lienzo el padre arrojaba,
 Con el demonio pintado,
 Para terror de las beatas.
 ¡Y qué sustos y qué glorias!

Qué aspavientos y qué zambra!
 Mas preguntando al demonio
 Un fraile que por qué causa
 En una misión más quieta
 Tan de mal humor estaba,
 Le respondió echando chispas:
 «Porque no me han hecho nada.»
 Ya Juárez tiene ictericia
 Y está de luto su causa...
 Fidel, ardiendo de envidia,
 Porque *no le han hecho nada*.
 Pero cobra aliento, niña;
 Otra estampita, muchacha,
 Michaud las tiene de sobra
 En un rincón rezagadas,
 Por si quisiere la suerte
 Que se vengue la canalla,
 Y prepare de otro templo,
 Con otro puro otra trampa.
 Aliéntate, que mil veces
 Te dirán: «¡Bravo, muchacha,
 De tal palo tal astilla,
 Y tal fruta de tal rama!»

Fidel.

DEL NIGROMANTE Á FIDEL

Mazatlán, Octubre del 64.

Mi querido viejo Fidel: pensaba envolverte la noticia en algún bomboncillo agradable y comunicártela en dosis homeopáticas, á fin de que cuando te enteraras ya estuvieras de mi parte y me aplaudieras con pies, manos, an-

teojos, melena hirsuta y vestido grasiento; pero yo soy de esas personas que, cuando reciben encargo de preparar discretamente á alguien para hacerle conocer la muerte de un deudo, no saben decir más que «ya se murió», sin otra perífrasis ni circunloquio. Por eso te espeto la nueva sin preámbulos ni exordios, y aquí la tienes: conspiro.

Sí, Fidel, conspiro con todas mis fuerzas. ¿Contra los franceses? No, hombre; conspiro contra don Benito, que se ha empeñado en salvarnos de la invasión y que se porta, por sí y por apoderado, con una poltronería que da grima.

Y no me salgas con retóricas, ni te alces los pantalones con los codos, ni te acomodes los anteojos, ni prepares una de tus frasesotas de efecto diciéndome que eso es desgarrar el manto sagrado de la patria, y ayudar al invasor, y extender la discordia entre hermanos, y todas esas cosas que expectoras en los clubs y en la Cámara cuando hay Cámara, dinero para pagar las dietas y ganas de discutir.

Conspiro contra un tal García Morales, ó mejor dicho, conspiré, puesto que ya está fuera del gobierno y que colocamos en el puesto, como ya te figurarás, á mi querido Rosales, á quien, quizás por ser invención mía, considero muy capaz de enderezar las cosas de la guerra en este rumbo. García Morales es un excelente sujeto, honrado, servicial, atento, generoso y amante de cumplir con la ley. ¡La ley en estos tiempos y en estos rumbos! Por su gusto, ni un vista se haría de la vista gorda, ni un admi-

nistrador de aduana se distraería con los fondos de su oficina, ni un abogado robaría á sus clientes, ni una mujer engañaría á su marido (y por aquí hay algunas que dan en esa pícará manía), ni un escribiente faltaría á su oficina, ni un cura á su iglesia, ni un escribano á su notaría. Pero, en cambio, amigo mío, de nada sirve, nada prevé, nada organiza, nada entiende: es la estatua del comendador encargada de echar á los franceses; es uno de esos maridos comineros que con tomar las cuentas á la cocinera, limpiar la jaula del sinsonte y enseñarle al perico el *Santo Dios*, creen cumplir largamente con su deber... mientras el vecino se mete á la recámara convertido en Marte y le convierte á él en Vulcano y á su conjunta en Venus. Y como en nuestro interés está que los franceses no *vulcanicen* á la República, propuse á estos bravos guerreros que le echaran una zancadilla al buen señor García Morales y le mandaran adonde no hiciera daño. Rosales aceptó con alborozo: creo que hasta se enrojeció su piel amarillenta por la ictericia, y brillaron sus ojos, en que dormitaba la luz de un verso hondo y sentido, aunque cojo y maltrecho. Corona no fué tan fácil de convencer: le repugnaban el cuartelazo, la infidencia y el pronunciamiento. Yo me reí de sus escrúpulos, le demostré que no se peca en materia grave deshaciendo las hechuras de don Benito; pero él se resistía y acabó por proponer no sé cuántos paliativos que le resultaron tan eficaces como las

cataplasmas que se le ponen á un difunto. Al fin accedió, y la cosa quedó arreglada y concluída: García Morales ya no es gobernador y lo es Antonio Rosales.

¡Qué berrinche van á hacer todos ustedes, los que cercan al grande hombre!

Tuyo,

El Nigromante.

DEL MISMO AL MISMO

Mazatlán y Octubre del 64.

Fidel muy querido: pocas novedades, y las que hay son viejas; por eso voy á entretenerte con algo que me acaban de contar Alfredo Chavero y Nacho Altamirano. Chavero ha recorrido un itinerario más largo que el de los cruzados y ha hecho más hazañas que el mismo Godofredo, cuya historia, contada en bellísimas octavas por el Tasso, llevaba en la mano cuando le ví embarcarse en Guaymas. Ha sufrido la fiebre amarilla en Colima, ha tenido dos ó tres comisiones tremebundas de don Benito y las ha llevado á cabo con un ardor que ni le envidio ni me considero capaz de emular; ha luchado con don Plácido Vega y ha hecho á sus veinte y tantos años más que muchos que ya están chochos ó chocheando.

Altamirano ha compuesto poemas, ha dicho discursos, ha sobornado tropas, ha visitado á don Juan Álvarez procurando demostrarle que debe hacer la guerra con sus



D. Antonio Rosales.

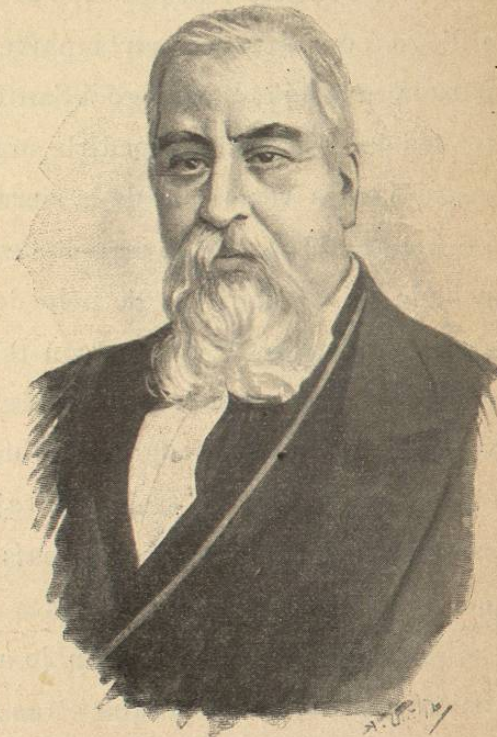
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1925 MONTERREY, MEXICO

pintos; y, lo que es más grave, hijo mío, cosa que no haremos tú ni yo, se ha alistado en las filas y anda disparando tiros donde quiera que hay ocasión de enviarlos á un pecho francés ó á un rostro tizado de traidor.

Pues bien, estos muchachos me refirieron de sus odiseas cosas que bastarían para llenar varios tomos de sabrosa lectura; pero como muestra cojo este botón, que es de rosa exquisita.

¿Te acuerdas, Fidel, de un licenciado pelantrín, tragón de pulque, gordo, extravagante y chistoso? Cuando Arista tuvo por aquí no sé qué dades y tomares con

Pomposo Verdugo, que era el gobernador, le enviaron á la metrópoli atado codo con codo. Tiene el nombre más largo de México, pues se llama Blas José Gutiérrez Flores Alatorre, y es capaz de alborotar un panteón, de volver locos á los siete durmientes, de calumniar á la Venus de



D. BLAS JOSÉ GUTIÉRREZ FLORES ALATORRE

Canova, de procesar al caballo de Carlos V y de matar á media humanidad á puras impertinencias.

Blas recorre estas sierras con la comodidad que recorrería la calle de Plateros, y hace y ha hecho una cantidad tal de chistes y locuras que creerás que me burlo de ti si llego á contarte la cuarta parte de ellas. Cuando empezó la invasión, Blas llegó á San Luis, y tras de besar las manos de don Benito y pedirle su paternal bendición, se metió por los vericuetos de la sierra madre, sin más apuros que sombrero ancho de pelo de conejo, chaparreras de pelo de chivo, chaqueta de pelo de astracán y armas de agua, vaquerillos y tientos con todo y pelo: parecía un oso montado á caballo. Pero no era tal oso ni nada que lo valiera, sino un enviado del Gobierno de la defensa nacional, que llevaba y traía mensajes sin más interés que prestar servicios á este pobre país que tanto ha sufrido por causa de sus servidores.

Unas veces dormía Blas en lo alto de los picachos relucientes de nieve; reposaba otras en el fondo de barrancos surcados por arroyuelos miserables; hoy pedía hospitalidad en un ranchejo de tres jacales y al día siguiente tendía sus chivarras al abrigo de unas ruinas que dejaron los aborígenes. Y trepando montañas, bordeando desfiladeros, vadeando ríos, sufriendo un sol que parecía fuego y un aire que rasuraba como navaja de Rodger y una lluvia que penetraba al cuerpo como si fuera un puñal buido.

y un calor que entorpecía las facultades y acababa con las energías, el intrépido viajero llegó un día por aquí haciendo reír con sus hazañosos hechos á cuantos querían escucharle.

— ¡Todos son, les decía á Chavero y á Altamirano, pues yo no pude gozar de ese espectáculo porque había ido á San Francisco á convencer á Rosales de que debía volver por acá; todos son, gritaba á voz en cuello, falsos como una peseta de plomo, traidores como un estilete y venenosos como la cavalonga; no queda más hombre honrado que yo!

Altamirano, Chavero, Angel Hermosillo y Anacleto Herrera y Cairo, que llevaban armamento y órdenes para Uraga, se embarcaron en Mazatlán en la goleta nacional *Colima*. También Blas tomó pasaje en el navichuelo decidido á llevar sus chaparreras hasta la otra extremidad del mundo. De mujeres sólo iban dos: la linda suriana con quien nuestro Nacho acaba de casarse, y una muchachuela agradable y locuaz llamada Teresa. Margarita Altamirano era fruto prohibido; así, pues, las atenciones de todos se consagraron á la veleidosa é inconstante Teresa, que aceptando hoy á uno, lisonjeando mañana á otro y al día siguiente burlándose del de más allá, les tenía á todos frita la sangre en términos que ya amenazaba un rompimiento.

Obrando Blas como precavido, señaló un *modus vivendi*,

que consistía en el compromiso que todos contraían de no cortejar á Teresa, aunque estuvieran muriéndose de amor por ella. Los dos primeros días todo caminó admirablemente; pero al tercero notaron que el capitán miraba con impaciencia hacia el Sur, que pasaba el catalejo á su segundo, que éste confirmaba lo que el primero parecía sospechar, que discutían ambos y que por fin señalaban un puntito obscuro que aparecía en el horizonte y que se volvía mayor á medida que más se avanzaba.

— ¿Qué mira usted, capitán? ¿Se puede saber qué discuten usted y este oficial? preguntó Blas con curiosidad.

— Aunque yo no quisiera que ustedes lo averiguaran, lo sabrían á poco rato: parece que se acerca un barco de gran porte y que viene dándonos caza.

— ¿A nosotros?

— Los que vestimos y calzamos.

— ¿Y será barco francés? preguntó una de las señoras.

— O yo me engaño mucho, respondió el segundo de á bordo, ó es *La Cordelière*, que debe de haber tenido soplo de nuestra salida, del cargamento que llevamos y de nuestro destino.

No se había equivocado el oficial: manchando el azul del cielo con el humo de sus chimeneas, que parecía un rebaño de ovejas negras que caminaran por el aire; acezando como titán obeso que llegara tarde al punto de

cita; perfilando claramente sus chimeneas elevadas, sus velas morenas y su casco obscuro, y levantando un torbellino de rizada espuma, aquellos cuitados mortales pudieron ver las fatales letras *La Cordelière*, que pusieron carne de gallina hasta á los pechos más animosos, menos al broncíneo de Blas, que parecía hecho á prueba de emociones.

No habían podido discutir mucho los infelices pasajeros, cuando una bala de cañón pasó destrozando algo de la obra muerta y causando estragos en el aparejo.

— ¡Arriarla!..., gritó violentamente el sobrecargo á un grumete señalándole la bandera.

— ¿Qué se va á arriar? preguntó frenético el hombre de las chaparreras de chivo.

— La bandera, le respondió Chavero, pues ninguno de los del barco era capaz de responder á semejante pregunta.

Blas vió ondear en lo alto el gallardete con su significativa tricromía, contrastando con el azul del cielo, como hecha para el mar en calma, con su flexible elegancia que parecía impulsar el barco en vez de las velas que zumbaban agitadas por el viento.

— ¡Ese trapo no se baja!... ¡no hay que arriar la bandera!, gritó con voces de energúmeno el excelente Blas.

— ¡Calle usted, so bestia!, le dijo un marinero de malos modos.

— ¡No me callo, vociferó otra vez el licenciado de las chivarras de *guangoche*; no me callo, *jijos de la tiznada!*

Y disparó contra la embarcación enemiga un pistolón Lefaucheux que portaba al cinto.

Ya era tarde: cincuenta ó sesenta marinos franceses estaban en la cubierta del *Colima* y cogían presos á los expedicionarios.

— ¡Yo no me rindo!, gritó Blas bajando á toda prisa con el revólver en la mano.

Un francés salió disparando contra el loquinario, que bajaba ladrando á voz en cuello:

— ¡Voy á volar la Santa Bárbara!... Verán lo que hace... un mexicano... de vergüenza.

Pero sucedió lo que tenía que suceder: á los primeros escalones Blas se derrumbó cuan largo era y el gabacho pudo cogerle sin mucho trabajo.

— ¡Pícaros, canalla... infame canalla!, balbuceaba el vencido pero no domado jurisconsulto. Tienen miedo de los mexicanos... ¡Cochinos... que se vengán á... á luchar conmigo... sabrán quién es Blas José Gutiérrez Flores Alatorre!... ¡Que venga á luchar conmigo, á solas, en singular combate, el que se considere bueno!... ¡El que se considere valiente, verá que aquí hay quien le dé hasta debajo del alma!...

Nadie hizo caso de los últimos jadeos de Blas, que fueron acompañados de una enorme cantidad de insolencias peladunas.

— Señores, gritó al poco rato un oficial francés, el comandante me manda decirles á ustedes que les pone á elegir entre ir á la Martinica y pasar á poder de Lozada.

Altamirano, que hacía de dragomán, repitió el tranquilizador mensaje, y Gutiérrez, poniéndose en pie, gritó con ademán trágico:

— ¡Que nos fusilen á todos!

— ¿A todos, Blas?, preguntó uno de los presentes. Fíjese en que hay señoras.

— Aquí no hay señoras, ni señores, ni nada... aquí no hay más que mexicanos... ¡A volar la Santa Bárbara!...

No acababa de decir aquello cuando un par de negrazos le cogían por las espaldas y le llevaba á empujones hasta *La Cordelière*.

— ¡Infames, gritaba Blasillo convulso de rabia, infames! ¡ya me las pagarán todas! Quisiera que alguno fuera bastante hombre para batirse conmigo... conmigo, sí, cuerpo á cuerpo, á pecho descubierto... Ya verían.

Y volvía á su tema cien veces, lo mismo cuando le encerraban en una cámara de marineros, que cuando le llevaban la menestra y cuando se topaba con cualquiera de sus compañeros.

Al día siguiente les trasladaron al *Colima*, donde estuvieron tan libres como antes, con la sola diferencia de